

PASEO ROMANO CON FRANKENSTEIN

Un paseo nocturno por las calles de Roma,
un 31 de octubre lluvioso,
desde Cavour hasta Piazza d'Espagna.
Observo a Oliver Twist cortejando
en la Fontana di Trevi su suerte,
despreocupado, cazando monedas
y flashes.

Es la noche de Halloween. De todos
los muertos. Al llegar a la Piazza
desde Barberini se muestra tímida
la casa rosada donde John Keats
vive y sueña sus últimos latidos.

(Estoy leyendo tu carta al tiempo que las flores
violetas de la planta que te compré esta mañana
beben el agua que hay en tus letras,
eso que tú llamas un movimiento acelerado de indecible quietud...).

Tampoco es azar que John Keats naciera
un 31 de octubre dos siglos
atrás.
Contemplo la imagen de Mary Shelley.
Bajo la llovizna, mientras regreso
al hotel, ya madrugada, me encuentro
con el maduro señor Salvatore
("¿te vas ya al hotel?" -en tanto me agarra
del brazo- "España... sé de un night-club
donde las chicas hablan español...").
Declino su invitación. Le ha llamado
la atención que mi gorra borsalino
y la suya sean tan semejantes.

O puede que también se sienta solo
(y sienta que yo estoy aún más solo).
Todos somos Frankenstein,
mi amor.

Quería decirte que me llevé
aquel pequeño poema de Keats,
en el que "Truth is beauty...".
El teléfono no funciona hoy,
las páginas de mi cuaderno verde
ligeramente desleídas, húmedas...
Quería decirte que pronto regreso
y pronto estoy en casa,
cuando nada puede ser más hermoso
que el regreso, y la casa, y que la tarde
son mariposas nocturnas y flores
secas y las piedras desesperadas
que dibujó el tiempo en mis bolsillos.

(Amanece. Termino de leer tu carta y vuelvo al principio...
a esa quietud inquieta, a ser el paraguas y la lluvia,
Quizás la próxima vez lleguemos a tiempo a la fiesta, me dices,
o quizás estamos en mitad de ella sin darnos cuenta...
¿Cómo responderte a ello? ¿Qué respuesta ofrecerte
a la pregunta de por qué la belleza duele?)

Lo que más nos importa permanece
yéndose, como se aleja quedándose,
tenemos la sensación con frecuencia
de llegar cuando ya es tarde a la rosa
que florece...

Te diría que la belleza duele
porque es el último raro estadio
en el incierto camino del miedo.
Después de estremecernos

decimos: ¿qué nos resta?

El miedo, el deseo, nos hacen ir,
movernos, querer más;
la belleza nos detiene,
kilómetro cero por un instante,
aturdidos sin brújula,
ese dolor dulce detrás del miedo y el deseo,
que dura apenas un día, un minuto,
un soplo de brisa antes de seguir,
con las espaldas vacías de todo,
al encuentro, al acecho, de camino
como voy, con tu carta de una mano
y la niña y el monstruo de otra mano,
diciendo adiós a Roma,
al corazón que sigue....

(El tiempo se detuvo en un pequeño
escalón de piedra, con música de Henry Mancini
y un rumor de adolescentes jugando a ser dios,
en el descenso de la escalinata
donde el agua asciende hacia el cielo
besos de noria terrenal.
No sé qué llegará antes a su destino,
si esta carta, el agua, el dolor dulce, o los besos)

La belleza se compone de únicos,
diminutos instantes que se esfuman
con rapidez, y es eso
lo que la hace tan imprescindible.
Todos los minutos están contados,
todos los granos de arena lo están;
hay, sin embargo, algunos instantes
que no han de estar contados todavía,
que son incontables y son sin cuento,

hay que estar ahí, donde todos somos
Frankenstein y la más pequeña flor,
el momento anterior a la partida
del dolor que acaricia
y el júbilo inocente.